

Tiempo y memoria. Sobre los artificios del relato autobiográfico

Carlos Piña

Antropólogo, Universidad de Santiago

El género biográfico se ha convertido en lugar de convergencia de preocupaciones y oficios diversos: la sociología, la historia, la antropología, el reportaje periodístico, la narrativa de ficción, la crítica literaria, etc., confluyen en un espacio en donde este tipo de texto desafía las fronteras disciplinarias.

En estas páginas me referiré al llamado “relato autobiográfico”,¹ enfrentando preguntas tales como: ¿en qué consiste el fenómeno de relatar la propia vida? ¿Qué ocurre cuando ese proceso tiene lugar? ¿Cuál es la naturaleza del producto que se genera? No obstante, estas páginas no tratan de modo directo el tema metodológico ni técnico implicado en esta temática, ni las variantes y posibilidades del uso del género biográfico en las ciencias sociales.²

La hipótesis básica que aquí se presenta es que el llamado relato autobiográfico es un texto de naturaleza interpretativa, generado por un hablante que elabora su tiempo pasado y lo significa mediante la operación de la memoria. Esta operación no reconstruye episodios de acuerdo a cómo ellos fueron vividos en su oportunidad, ni recrea el recorrido de una vida, sino que genera un producto nuevo, de carácter textual, cuyo sentido se configura de acuerdo al momento y circunstancias en que se produce.

Así, desde la óptica subyacente a estas páginas, lo que llamamos relato autobiográfico puede ser entendido, en primer lugar y medularmente, como un texto generado por un hablante en determinado tiempo y condiciones. Su especificidad es la de un discurso de naturaleza interpretativa, que puede asumir múltiples modalidades y formatos. De esta manera, puede cristalizar en un producto oral que se desvanece en tanto pronunciado y sólo pervive en el recuerdo del otro, o puede, además, ser traspasado a la cinta o al papel, y sufrir diferentes medidas de intervención (edición), que en sí implican una práctica adicional de resignificación.

El hablante que genera el discurso autobiográfico, y sobre la vida del cual el texto supuestamente se refiere, no es su único autor; usualmente otros intervienen en su elaboración, convirtiéndose en coautores a través del rol de interlocutor, entrevistador, editor, analista, etc. Éste es un dato relevante, ya que por lo general nos enfrentamos a relatos autobiográficos que se presentan como si fuesen versiones directas e idénticas al relato expresado por el hablante, pero que en realidad han sido previamente procesados de múltiples maneras y grados, debiendo entenderse que esas intervenciones alcanzan el estatus de coautoría.

¹ El relato autobiográfico es uno de los productos propios del género biográfico, el cual incluye biografías, autobiografías, historias de vida, testimonios, y otros de carácter menor, tales como las necrologías, las presentaciones de los autores en las solapas de sus libros, los *curriculum vitae*, las cartas de los condenados a muerte, etc.

² Para ello, me permito remitir al lector al conjunto de artículos contenidos en esta Revista y la generosa bibliografía en ellos citada.

Más aún, las condiciones de generación de un relato autobiográfico están íntimamente ligadas a él, a su contenido y expresión. Cada sujeto posee, por así decirlo, una variedad potencial de relatos sobre su propia vida, que coexisten, se transforman y lo acompañan a través del tiempo. Probablemente alguno de ellos se exprese alguna vez, y seguramente el conjunto de ellos manifiesta una estructura recurrente.

El discurso autobiográfico generado por un hablante tiene lugar en una situación determinada. Ella es la "situación biográfica" del hablante, esto es, el conjunto particular de condiciones en las cuales el texto es generado, y que se expresan en su formato y contenido final. Una situación biográfica, por ejemplo, es la del creyente que se confiesa, la del paciente que se somete a una terapia analítica, la del conferencista que se presenta ante su auditorio, la del poblador entrevistado por un investigador social, etc. En suma, la situación biográfica se refiere a dos tipos de cuestiones. Por una parte, al conjunto de circunstancias materiales y simbólicas en las que el texto es generado; y, por otra, al momento o tiempo biográfico (Schutz 1974) en el cual el hablante se encuentra al efectuar su narración. Volveremos sobre este punto más adelante.

Ahora bien, ¿de qué habla un relato autobiográfico? Él es el soporte formal que permite al hablante desplegar su imaginario respecto de su propia vida. El hablante construye retrospectivamente su vida a través de un producto textual. No está de más aclarar que lo esencial del relato autobiográfico no consiste en narrar una vida, en reconstruir un pasado. La ilusión que le atribuye al discurso la capacidad de reflejar algo externo a él no pasa de ser una metáfora. Como quiera que definamos una "vida", es evidente que el texto no la refleja, por ser ella irreproducible, inaprehensible, irrecordable, incontable en su diversidad y multidimensionalidad.

Pensemos por un momento en la enormidad que puede abarcar el referente de la expresión "una vida". Como sea que la concibamos, ella siempre será irrecuperable en su totalidad. El relato autobiográfico no es, no puede ser, el reflejo fiel de algo exterior a él. No representa tampoco de modo necesario (estadística o simbólicamente) la vida de alguien. De lo que se trata es de un material relativamente autónomo, que posee un cuerpo propio y que se constituye en algo nuevo, en el sentido de que no es la consecuencia directa, verbal y discursiva del acontecer histórico de un sujeto. Un relato autobiográfico, en consecuencia, no debiera analizarse bajo la ilusión de que estamos frente al pasado; no estamos frente a la historia que se ha disuelto, sino frente a retazos que sobreviven o acuden a la memoria y que el relato estructura y significa desde la actualidad.

La práctica de la narración biográfica es el ejercicio de otorgar sentido al propio pasado, recapitulando sobre algunos recuerdos, reflexionando en torno a ellos, creando, en definitiva, un texto con estructura dramática que tiende a producir un "sí mismo" en términos de un personaje (Piña 1988).

El motivo de ese relato, en el sentido literario del término "motivo", es la vida narrada por un hablante, para cuyo efecto el sujeto se desdobra y produce un narrador. En otras palabras, el hablante, al narrar su vida, se refiere a otro, diferente del sí mismo que enuncia. El hablante produce un narrador que dibuja en términos de un personaje al protagonista del relato, quien ya no existe. Residuos de él sobreviven en la memoria propia y en la de otros, sus sombras se proyectan en rutinarios papeles y añejas fotografías, la materialidad de los episodios más característicos de su vida hoy se plasman sólo a través de la articulación de signos fonéticos o gráficos. El hablante se distancia de lo narrado y se torna narrador, sus expresiones aspiran a la veracidad, no requieren prueba. Pero mientras enuncia su relato, el narrador se difumina a cada instante; cuando termina

una frase y se detiene a tomar aliento, ya no existe; es parte del pasado irrecuperable. Luego, sus huellas son recogidas y rehechas constantemente por su heredero: de nuevo el narrador.

Más específicamente, el objeto de un relato autobiográfico es la enunciación misma, no la supuesta vida a la que se refiere el contenido; el acto de enunciar es el acontecimiento que sucede, en el presente; la acción del hablante al crear su discurso es la forma y el fondo del relato autobiográfico. La enunciación traduce el proceso de recordar, el cual implica, en primer lugar, olvidar, seleccionar, combinar, establecer secuencias y causalidades. En definitiva, el texto que se produce no expresa esa vida, ni la actualiza, ello independientemente de que en ese relato fluyan descripciones, datos, etc.

Si al recordar, procesando y expresando lingüísticamente el recuerdo, el hablante no revive la experiencia, ¿qué ocurre entonces? Por cierto, no debe subestimarse la complejidad del proceso que se desata cuando alguien se detiene a reflexionar sobre su pasado y expresa el fruto de esa reflexión. Para aproximarnos a cómo se construye el pasado, debemos recurrir a la operación de la memoria. Diversos autores han explorado de qué forma la habilidad del recuerdo no se refiere a un sistema único que accede a situaciones específicas del pasado que están almacenadas en algún lugar del cerebro, esperando por un "llamado", sino que se trata de una capacidad genérica para categorizar el mundo en tipos generales y específicos, estableciendo relaciones acotadas entre esas generalizaciones a partir de estímulos (situaciones) particulares (Rosenfield 1989).

Así, la memoria no trabaja como teniendo acceso directo a una serie de materiales estabilizados y estáticos que se acumulan secuencialmente en forma de archivos, siendo el olvido una "falla" del sistema. Al contrario, la memoria trabaja sobre su materia prima, modificándola constantemente, transformándola en su significado, de forma tal que lo que recuerdo y lo que olvido, y su sentido actualizado, no son los mismos todos los días. La memoria no es una capacidad genérica dada que opera con diferentes niveles de calidad, sino un proceso en donde el olvido y el recuerdo actúan recíprocamente. Memoria es memoria para algunas cosas y no para todo (Gadamer 1977).

Para referirnos a este proceso más detalladamente, lo que en primer lugar ocurre es que la reflexión biográfica centrada en el propio pasado identifica y selecciona episodios y experiencias que son leídos y contados desde el presente. La acción de identificar y seleccionar determinados acontecimientos por sobre otros que merecen permanecer en el olvido, implica que aquellos se tornan significativos. Las vivencias no tienen significado en sí mismas, el significado no radica en la acción, sino que es siempre una atribución de sentido que alguien hace; el significado está presente en la vivencia que recuerdo y en cómo ella es recordada. Por tanto, no todas las vivencias son significativas, así como no todas las vivencias forman parte de un relato autobiográfico.

El hablante, al seleccionar ciertas vivencias para construir su relato de vida, las significa desde la actualidad. Ellas adquieren un sentido y una función al interior de la situación generadora de la narración y del relato mismo. Lo que se recuerda es recordado desde el presente y está compuesto por aquello que para el hablante, o para su interrogador, hoy merece ser imperecedero. Los ámbitos del olvido son más densos y numerosos que los del recuerdo. El pasado más rutinario es nombrado con facilidad, casi con indiferencia; lo recurrente es tipificado en torno a figuras de sentido común previamente estereotipadas. Al generalizar, a través de estos estereotipos o categorías, se olvida, se anula la experiencia en su unicidad. La repetición conduce a la generalización, la abstracción implica sepultar los detalles diferenciadores de cada vivencia. Pero

aquello que se sale de lo común, lo extraordinario dentro de una rutina particular, los hitos y accidentes biográficos, pueden asumir en la memoria el rango de imperecedero, conservando su unicidad y, en consecuencia, adquiriendo la forma de un recuerdo perspicuo. Pero no por ser extraordinario, ese recuerdo es menos objeto de tipificación.

Las significaciones otorgadas no son necesariamente perdurables. El significado que doy a mis vivencias pasadas varía según una serie de factores propios de mi situación biográfica; no siempre recuerdo de la misma manera, no siempre recuerdo lo mismo, en definitiva no siempre interpreto mi vida de la misma forma. La interpretación, se ha dicho, se realiza desde el presente. Ello quiere decir que interpreto y significo mi pasado según cómo signifique mi presente y proyecte mi futuro. Por tanto, interpreto mi vida de acuerdo a las condiciones del presente, y por ello puedo, en diferentes momentos de mi existencia, seleccionar, combinar y tornar significativos diferentes episodios, o interpretar de modo distinto los mismos, articulándolos de variadas maneras, según el punto en el tiempo y la situación específica en la que se genera el recuerdo, según sean mis proyectos futuros.

Esta verdadera “narración narrante” (Aranguren 1993) otorga significado a cada vivencia pasada mediante una reinterpretación de esa vivencia desde el momento biográfico actual, es decir, desde otro conjunto de vivencias en curso. Ahora bien, el relato autobiográfico no se limita a ser una suma de episodios, sino que en su totalidad se trata de una articulación con un sentido general. Desde el presente, el pasado pierde ese estatuto de simultaneidad desconcertadora y difusa que tuvo cuando aún no era pasado, y se convierte en algo inteligible, su sentido brota como evidente, la actualidad lo ordena, tornándolo tolerable y útil. Los relatos autobiográficos vinculan episodios y establecen etapas, plantean vínculos y causas, tramas y desenlaces, conciben la vida como una sucesión articulada y consistente de acontecimientos con sentido.

Esa articulación y consistencia están dadas por la unidad e identidad del yo. La categoría del yo, que se expresa y pervive en la expresión del nombre propio, es el mecanismo que permite la relación entre el todo y sus partes. Las interpretaciones retrospectivas y sucesivas del acontecer biográfico canalizan el sentido mediante la constante descomposición y recomposición del yo. Sólo así es posible el “desarrollo” biográfico y la búsqueda de un sentido global en donde el pasado juega un papel en el acontecer del futuro.

La identidad del yo garantiza la continuidad del relato y éste puede ser concebido, a su vez, como el instrumento que permite la existencia de ese yo consistente.

Bibliografía

- Angrosino, Michael. 1989. *Documents of Interaction: Biography, Autobiography, and Life History in Social Science Perspective*. Florida: University of Florida Press.
- Aranguren, José Luis. 1993. “Biografía y autobiografía”. En *Letras Internacional* (Madrid) Nº 29.
- Fabian, Johannes. 1983. *Time and the Other. How Anthropology Makes its Object*. New York: Columbia University Press.
- Gadamer, Hans-Georg. 1977. *Verdad y método*. Salamanca: Ed Sígueme.

- Habermas, Jürgen. 1982. *Conocimiento e interés*. Madrid: Ed. Taurus.
- Langness, L. y Gelya Frank. 1986. *Lives. An Anthropological Approach to Biography*. California: Chandler & Sharp Publishers, Inc.
- Piña, Carlos. 1988. *La construcción del "sí mismo en el relato autobiográfico*. Santiago: Flacso.
- Rosenfield, Israel. 1998. "Una nueva aproximación a la memoria y a la percepción". E *El Paseante*, N° 14. Madrid: Ediciones Siruela, pp. 24–32.
- Schütz, Alfred. 1972. *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- . 1974. *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Ed Amorrortu.
- Watson, L. y Maria Barbara Watson-Franke. 1985. *Interpreting Life Histories*. New Jersey: Rutgers University Press.